

Informe remitido al Secretario General M. Wodehouse

Las consideraciones aducidas en el informe anterior subsisten y se agravan en Costa Rica, en progresión continua en cuanto se refiere al orden económico, y por consecuencia a dificultades para la propaganda. La correspondencia con el exterior tarda tiempo indefinido en llegar a su destino y en ser contestada; y todo el organismo de la vida social parece hallarse en crisis aguda de entorpecimiento; pero en este caos se va abriendo camino la idea de que solamente podrá poner remedio a tantas calamidades la venida de un Ser dotado de inteligencia muy superior a nuestra inteligencia, y en posesión de poderes extraordinarios. Se procede aquí con creciente y redoblado encono contra las logias teosóficas y sus miembros; pero se guarda silencio respecto de la finalidad que predica nuestra Orden, la cual es considerada como nuncio de esperanza hasta por muchos de los enemigos de toda idea filosófica o religiosa que se aparte lo más mínimo de la ortodoxia o de la indiferencia y materialismo reinantes.

Aquí, el doloroso Karma del mundo, el balance de una edad que termina, hace también efectivo parte del pago de antiguas deudas, y con la voladura del depósito de municiones del Cuartel Principal arranca violentamente centenares de vidas, dejando muchas familias en la orfandad y la miseria, con cuyo motivo se esfuerza el sentimiento de caridad por emplear sus energías en reparar las consecuencias del siniestro, y para ello se ocurre a las subscripciones voluntarias y a las fiestas y veladas teatrales, olvidándose de que el cambio ha subido al 515%, y de que no se

dispone de suficientes barcos que trasladen a los mercados extranjeros el café, las maderas y los frutos que constituyen la riqueza nacional, y por consecuencia, los poderes públicos, exhaustas las rentas de aduanas con que ha venido atendándose a las cargas del Estado, se ven obligados a exigir la tributación directa sobre los bienes territoriales de nacionales y extranjeros, amenazados de ver llegar la ruina de la agricultura, las industrias y el comercio, a esta nación hasta hace poco relativamente afortunada y tranquila.

Entre tantas dificultades y tropiezos continúa la Orden de la Estrella de Oriente desenvolviéndose con regularidad y lentitud, en esta Sección, pero de manera constante. En la república de Honduras se cuenta ya con la filiación de un distinguido hermano, el señor R. Z., por cuyo medio comienza a brillar allí la espiritual influencia del Gran Ser que esperamos, y para Colombia extendiendo los nombramientos de dos Secretarios Locales, residentes, en el departamento de Líbano el uno, A. P. B., y el otro, V. L. R. en Nemosín (Cundinamarca).

Los informes recibidos de las repúblicas de Nicaragua y Panamá demuestran la perseverancia y regularidad con que allí se persiguen los ideales de la Orden, y en Costa Rica continúa la labor sosteniéndose con fe y constancia invariables, hasta donde lo permiten las penosas circunstancias actuales.

* * *

Después de remitido a su destino el informe precedente, ha sufrido Guatemala una de las mayores catástrofes que registra la moderna avalancha de conmociones sísmicas. Según las escasas noticias telegráficas que se vienen recibiendo, la capital se halla en ruinas y son muchas las vidas agostadas por el tremendo azote, e innúmeras las familias sumidas en el dolor y la desventura. Las que pueden se refugian en el Salvador, y el éxodo se extenderá por todo Centro América, donde, si alienta poderoso el espíritu de los sentimientos fraternales, hay que reconocer que todo medio de vida disminuye en razón inversa de la necesidad, en estos días de prueba, de muy antiguo anunciados por videntes y profetas, y por aquellos que conquistaron por sus virtudes y constantes, infatigables esfuerzos, el derecho a conocer algunas de las deter-

minaciones del futuro, como consecuencia obligada de las actuaciones del pasado.

VIRYA se asocia al general sentimiento, y desea que Karma no requiera que sobrevengan nuevos y más cruentos golpes en América Central que los que actualmente experimenta. ¿Sucederá así? ¿El despertar imponente del volcán Irazú, no será indicio de otros flajelos en Costa Rica? Véase lo que a propósito de esta actividad volcánica refiere el periódico *La Información* del día 10 de enero del corriente año.

«RUGE EL IRAZÚ Y CONTINÚA EN ACTIVIDAD EXTRAORDINARIA»

En verdad que las «cosas» del IRAZU no son para tomarlas a broma ni para recibirlas de cualquier manera.

Los fuertes retumbos del volcán, a largos intervalos oídos en la madrugada de ayer y las formidables erupciones que hizo a esas horas el coloso, tan colosales como quizá otras no ha hecho en este período de actividad, infunden temor y alarma.

Esas erupciones fueron observadas en esta ciudad por muchas gentes que a eso de las cinco despertaron sobresaltadas por el sordo rugir del volcán.

Nosotros presenciarnos el soberbio espectáculo desde la Sabana; fué imponente y admirable; las columnas de humo, negro unas veces, grises otras y blancas por último, alcanzaron alturas sorprendentes; el viento las inclinaba pausadamente al norte, y a las seis, la cumbre de la cordillera, en una extensión de varios kilómetros, quedó cubierta por la densa y ancha faja del humo.

El color gris del humo hizo creer a algunos timoratos que el volcán arrojaba fuego, pero se trata de un fenómeno originado por la luz solar, de sencilla explicación: un volcán situado a la altura que está el IRAZU no puede hacer erupciones de fuego; científicamente, eso no puede ocurrir; aunque sí puede presentarse el fenómeno que en noches oscuras, el reflejo del fuego interior del volcán se note en la atmósfera.

El caso es que por esta extraordinaria actividad del coloso, muchas gentes han entrado en recelos y se han trasladado a los campos por temor a un cataclismo; los retumbos del volcán y sus últimas formidables erupciones, mantienen, repetimos, en alarma a una buena parte de la población.

TOMÁS POVEDANO,
Representante Nacional.

*
* *

Pensamientos cotidianos para un miembro de la Orden

(Traducido del *International Bulletin* N° 2 de 1916, por un Miembro de la Orden, en Nicaragua).

Lo que se pide al miembro común de la Orden de la Estrella de Oriente son tres cualidades: DEVOCIÓN, CONSTANCIA y MANSEDUMBRE.

Devoción, del latín *devotio*, de *devotare*, ofrecer, dar, significa dando, ofreciendo. Significa también dar por voto, ofrendarse, esto es, hacer promesa sagrada, un don consagrado. Cuando una persona ha entregado o consagrado su corazón a un trabajo o a un Santo Instructor, todos los pensamientos de esa persona, todas sus acciones y palabras y la total corriente de su vida viene a ser un don consagrado a ese objeto.

Hablamos de «verdadera devoción». Tal devoción es la que nunca se cansa de darse en holocausto, la que nunca se olvida de un acto diario que hayamos aceptado y convenido en practicar, la que nunca pospone un acto de devoción por uno de placer. «El amor nunca se cansa», nunca es indiferente y nunca olvida.

La devoción es un aspecto del amor que incluye respeto, reverencia, veneración y adoración. En tanto que la Compasión es el amor que se inclina y desciende a un ser en condición inferior, la Devoción asciende y alcanza al más elevado Ser. Si queréis cultivar esta cualidad, necesario es que os esforcéis en «reconocer y reverenciar la grandeza en cualquiera que se manifieste» venerarla, y cooperar con él. De esta manera, cuando nos encontremos con personas de verdadero mérito, podremos facil-

mente reconocer y reverenciar la grandeza, capacitándonos así para reconocer al Señor cuando esté entre nosotros.

Una manera de desarrollar esta facultad de apreciación de la grandeza espiritual es estudiando los pensamientos elevados de las obras, discursos y lecturas de gentes superiores y esforzándonos cada día en escribir un noble y elevado pensamiento propio. Otra manera es la de contemplar una hermosa escena o cuadro de pintura o un bello objeto y esforzarse en sentir la armonía de líneas y de colores que lo hacen bello. Podemos también hacernos responsivos a la grandeza ejercitando el sentimiento de inspiración propia por medio de las obras de los grandes músicos y poetas y del ritmo de bellas danzas. Podemos aprender a sentir la grandeza y despertar la facultad de admiración por medio de las elevadas especulaciones filosóficas y sobre los descubrimientos científicos, o por hechos heroicos y obras de filantropía. El sentimiento de grandeza espiritual será despertado por los grandes ideales de reforma y por la admiración de las buenas cualidades de nuestros amigos. Si deseamos apreciar lo bueno en otros, debemos desembarazarnos de nuestros prejuicios y de toda rigidez de ideas. Todas estas prácticas nos capacitan para sentir la devoción por un ideal o por una persona.

La más importante cualidad de la devoción es la constancia o fidelidad; su paciente firmeza ha sido señalada siempre como la prueba del verdadero amor, y la fidelidad como su verdadero aspecto: porque verdadero es lo que siempre es idéntico, y tal condición en el amor es su fidelidad. Esta es la final y más alta prueba que podemos tener del amor o devoción.

Constancia significa «mantenerse firme». Conocida es la fábula del orgulloso roble que ponderaba su fortaleza al humilde arbusto y, como, venida la tempestad desarraigó al arrogante e inflexible árbol, entre tanto que el pequeño y flexible arbusto permaneció firmemente enraizado. Esta fábula muestra la clase de firmeza que necesitamos a fin de permanecer firmes. No la clase de firmeza que pudiéramos llamar fuerza, ni completamente la firmeza que soporta valientemente, sino más bien la flexibilidad de inteligencia: un entendimiento que obedezca al más ligero soplo de pensamiento y percepción, que pueda ser doblado hasta el suelo por la tempestad sin quebrantarse. Esa que cede

sin quebrarse es la verdadera firmeza no la que es rígida, obstinada y orgullosa. Algunas personas humildes y apacibles mostrarán más verdadera firmeza en una crisis que las violentas y despóticas.

También nos ha sido dicho: si queréis estabilidad y firmeza debéis construir vuestra casa con sus cimientos sobre roca y no sobre arena, para que cuando venga la tempestad no sea derribada y barrida por la inundación. Esto quiere decir que nuestra devoción debe ser edificada en una verdadera convicción de que el Señor está para Advenir al mundo, y que todo el trabajo que hagamos debe ser edificado en nuestra devoción a El, *no como un fastidioso deber, o por interés de adquirir méritos espirituales sino como un fervoroso ejercicio «en Su Nombre»*. Si actuamos impulsados por el amor a El, ese trabajo nos llenará de contento y no nos aburriremos en el servicio: y si nuestra convicción es sincera, nuestro amor no fluctuará. Así, pues, lo primero que es necesario para mantenerse firme es la devoción.

¿Cuáles son, después, las cosas contra las cuales debemos resistir? ¿Cuáles las que pueden hacernos vacilar? Hay dos clases: en primer lugar las que proceden de dentro de nosotros mismos, y en segundo las que proceden de lo que nos rodea. Entre las primeras están la impresionabilidad y el emocionalismo, porque frecuentemente, mezclados con la devoción, se toman erradamente por ésta. Gente devota se siente con frecuencia bajo un deslumbramiento de sentimiento que le inspira entusiasmo por algún tiempo, y después, por la reacción que en ella se produce, viene la frialdad y el cansancio. Si, como puede ocurrirnos a muchos, no podemos ayudar a éstos, debemos, con toda prudencia, permanecer firmes y fieles, entre tanto que ambas fases expresadas pasan en ellos por sí solas.

Otro enemigo interno es la duda. Personas ajenas a nuestros ideales podrán exponer argumentos que puedan echar una sombra en vuestra mente, o podrán deciros que no tenéis un sólido fundamento para creer en el Advenimiento del Supremo Instructor. Esto no debe realmente afectaros, porque vuestra convicción no está basada en razones ni argumentos sino en algo más profundo, en la percepción que llamamos INTUICIÓN. Por lo tanto, si vuestra convicción no tuvo origen en los argumentos

¿porqué habrían de tener poder para hacerla vacilar? Vuestra intuición permitió a la Luz filtrar dentro de vuestro cerebro, y los argumentos, que en este caso lo oscurecen, son como las nubes que cubren el sol y que el tiempo hace pasar.

Los enemigos externos contra los cuales debemos permanecer firmes son: la oposición, las atracciones mundanales y la mala salud; pero si «damos todo al amor», seremos capaces de permanecer firmemente en esa roca contra todo adverso viento.

Da todo al amor;
Obedece al corazón:
Amigos, parientes, mundo,
Posición, buena fama,
Proyectos, crédito y Musa,
Nada le rehuses.

(Poema de Emerson «Da todo al amor»).

Mansedumbre, benevolencia implica y no debilidad. Las personas que son benévolas en tanto que no tengan que hacer ningún esfuerzo sobre sí mismas para serlo, son débiles, porque cuando las circunstancias las ponen en el caso de hacer ese esfuerzo, no pueden controlar su energía interna y pierden su aparente mansedumbre. La persona fuerte es benévola porque tiene el dominio de sí misma y se atempera a las personas y circunstancias. El que es fuerte necesita tener mansedumbre porque tiene más poder interno para dañar que la gente débil. He aquí porqué la mansedumbre es tan necesaria a aquellos que son canales de las más elevadas y más poderosas fuerzas de que la persona ordinaria no tiene conocimiento.

La raíz de la benevolencia es el conocimiento: «Conocerío todo es perdonarlo todo». Así, cuando la gente nos dañe o haga cosas que desaprobamos, en vez de considerarnos dañados o incomodarnos, debemos esforzarnos por comprender el motivo que pueda inducirlos a actuar de esa manera. Si a la luz de los conocimientos superiores, en esa más amplia vía, percibimos que todos estamos bajo una ilusión, y que cada uno se esfuerza en obtener y lograr para sí mismo en vez de trabajar en interés de los otros, porque aún no comprende que la humanidad forma un solo todo,

que todos somos UNO, entonces debemos alegrarnos de que los otros busquen y quieran lo que nosotros mismos deseamos. Así mismo, cuando comprendemos que la gente sólo puede dañarnos u ofendernos porque tenemos puntos vulnerables y debilidades, y podemos ver que la culpa es realmente nuestra más que de ellos, en vez de sentirnos ofendidos debiéramos reconocer nuestras debilidades. Si comprendemos también que cada injuria que recibimos es el fruto de nuestra actuación en vidas anteriores, y que esas gentes son solamente instrumentos kármicos, podemos ir perdonando eternamente, contentos de que nuestras deudas vayan siendo pagadas: conocemos que la culpa es realmente nuestra, y que al recibir la ofensa somos nosotros mismos quienes nos castigamos.

Nobleza en el concepto de mansedumbre, de benevolencia, es semejante al sutil éter que pasa libremente a través de todos los objetos. Ella es por esto un perfecto canal para Su Amor, porque puede fluir dentro de la naturaleza interna evitando cualquier rudo choque y sin ningún obstáculo en su curso. Diríase suaves dedos vendando heridas, desatando enredados nudos y suavizando asperezas.

Esta nobleza puede ser cultivada de dos maneras: bien estudiándola y practicándola como un ideal que se emula intelectualmente, o produciéndola en sí mismo por medio del culto a la belleza. Todas las clases de amor nos hacen benévolos, pero quizá ninguno tanto como el amor a lo bello, en razón de que el sentimiento de la belleza es uno de los más sutiles elementos de nuestra naturaleza. Nos hace ser apacibles y armoniosos. El amor a la belleza da refinamiento, lo cual significa crecimiento de benevolencia. Hácenos movernos armoniosamente, hablar armoniosamente, vestirnos armoniosamente, y todo esto acrece nuestra gentileza. El ideal de un hombre y de una mujer ha sido cristalizado en las palabras «Caballero» «Noble Señora», las cuales no significan rango, riqueza ni posición sino refinamiento en la naturaleza de la persona.

La nobleza fué siempre considerada como virtud esencial de la dignidad de Caballero y es sinónima de caballerosidad, y aunque originalmente «Caballero» significaba el que profesionalmente montaba a caballo, posteriormente vino a ser una distinción

para uno que se suponía poseer las virtudes propias del caballero. Así el título de Caballero o Hidalgo vino a ser la distinción o rango que colocaba al hombre en cierta condición de nobleza. Sobre ese antiguo ideal de nobleza fué basada la moderna idea de la nobleza de sangre.

Ahora bien, hay dos símbolos para el caballero; el primero es la espada que significa valor; el segundo el escudo que significa protección. La cualidad de la mansedumbre actúa para el alma del hombre como el escudo para el caballero: ella la protege tanto así misma como a las otras almas en muy definida manera de las malignas influencias. Esto no es un vago sentimiento sino un muy real poder. Pruébese la actitud caballerosa en la vida propia y en la de los demás y se encontrará que obra milagros. Para esto, lo primero es cesar de vituperar a los otros por sus delitos o deficiencias personales; habrá que dejar el hábito nada caballeroso de criticar a los demás por las propias comunes faltas y debilidades, hábito completamente común aún entre las personas muy buenas. Nos empeñamos en atribuir la causa de nuestros defectos a la influencia exterior, echando así sobre los otros el peso de nuestras propias faltas.

Obrando a la inversa, cargando caballerosamente con la culpa de nuestras propias faltas y también con la de las faltas de los otros, efectuamos un acto de caridad y podemos realmente protegerlos de sí mismos así como de cualquiera dañosa influencia procedente de nosotros mismos. No debemos culpar de nuestros infortunios a los otros, ni de ningún dolor que tengamos que sufrir, ni tener ningún resentimiento, ni requerir de una manera desagradable cualquiera obligación que se nos deba. De esta manera estamos actuando en la vida oculta como verdaderos caballeros, escudando a los demás de muchos daños y malignas influencias. Hay otro modo con que podemos proteger a los otros contra su propia debilidad; éste es, dominando hasta perderlo el sentimiento de molestia o daño que sentimos con sus faltas, con lo cual nos capacitamos para lanzar nuestra propia fuerza espiritual en la batalla de la vida al lado de ellos, acto que no podemos efectuar en tanto conservemos el mal hábito de criticar y censurar, y de ofendernos por sus faltas y defectos. Podemos caballerosamente rehusar ocuparnos de los defectos de los otros,

y pensar solo en lo bueno de ellos; de esta manera no solamente fortalecemos sus buenas cualidades sino que también removemos de su sendero los obstáculos que les crean nuestra suspicacia y pensamientos desfavorables; así formaremos una vía libre de obstáculos, por la que fluya de nosotros a ellos la simpatía y el amor.

Como Miembros de la Orden no se nos piden especiales capacidades ni se nos da ninguna estricta disciplina, sino únicamente hacer de estas tres cualidades - DEVOCION, CONSTANCIA y MANSEDUMBRE—«las tres prominentes características de nuestra vida diaria». Pero no como generalmente se practican: la devoción sólo cuando nos sintamos inclinados, la constancia en ocasiones y la mansedumbre cuando nos acordamos de ella; lo cual significa que nuestras vidas deben ser vigorosamente caracterizadas por esas virtudes, de modo que otras gentes puedan distinguirnos del resto del mundo como tales Miembros de la Orden a causa de ellas. Debemos cultivar estas cualidades más que suave y moderadamente, en un grado bien marcado. Tal es el método: «vivir de tal manera que seamos dignos de reconocer al Señor cuando Advenga».

M. D. GODD.

*
* *

En la Línea de Fuego

*
* *

La Frontera, 6 de noviembre de 1917.

Queridos hermanos de la «Orden la Estrella»:

Cada uno de vosotros lleva en el corazón una imagen a la que dedica su reverencia y su cuidado: es un *Ideal*, la Dulcinea incomparable.

No es el Ideal verdadero un vago resplandor de hermosura; el Ideal es un pensamiento vigoroso, engendrado en las esferas del Espíritu; puro como el místico amor de los santos, noble como el pensamiento generoso de los grandes hombres, fuerte como el amor infatigable de los héroes. El Ideal es la voz divina que vierte en el abismo de nuestro Ser la melodía de un mundo superior, el aroma de un sentimiento, un verso interrumpido del Sagrado Poema.

Del idealista, la incredulidad o el fanatismo han hecho un loco visionario, un caballero en busca de fantásticas aventuras, rota su lanza contra las aspas de un molino. Así piensan los hombres intransigentes, pero nosotros, que encontramos en nuestra Orden la revelación de un Ideal sagrado sabemos que el idealista no ve las burbujas de la ilusión, sino los albores de un Sol

largo tiempo cubierto por las brumas de la ignorancia. Este Sol es el *Yo*, el Ser glorioso de quien nosotros somos templo, sacerdote y holocausto.

Nosotros, los miembros de la «Orden de la Estrella de Oriente», aguardamos la venida de un Gran Instructor; llenos de fe, como los profetas de Judea. Ellos, bajo el pórtico sombrío del futuro, percibieron la Luz redentora de los hombres y en cánticos sublimes expresaron su amor, sus ansias y su inmortal regocijo. Al lado de los profetas estaba un pueblo innumerable, creyente en la palabra de estos heraldos y alimentando recónditas esperanzas en un Ser, dispensador de la vida y vencedor de la muerte.

Así hoy, como ayer, existen hombres que predicen su llegada y hombres que la esperan; hombres que gimen en la miseria; hombres que sienten la impotencia de sus esfuerzos, y sin embargo la sed de conocer los devora; hombres que luchan sin motivo, ni idea; hombres sumidos en la decepción y en la impotencia. Para ellos sólo un Ser Divino es capaz de resolver tanto problema y aliviar tanta miseria; para ellos sólo un Gran Instructor puede descorrer el velo de la Naturaleza, de la Sociedad y del Individuo.

La venida del Cristo fué largamente preparada por los líricos cantos de los sabios de Judea, cantos cuya dulzura suavizaba la conciencia empedernida de los incrédulos y avivaba la lumbre indecisa de los creyentes. Así nosotros, como hicieron los videntes de antaño, debemos preparar la llegada del nuevo Maestro y cubrir de palmas su camino; debemos cantar sus alabanzas en el arpa de nuestros corazones y ser los mensajeros delante de los pueblos que sufren y que aspiran.

El sendero del Maestro no existe únicamente en la

tierra sino en nosotros mismos y en nuestros semejantes. El corazón es su alcázar, el amor su vereda y las buenas acciones son las palmas de su triunfo.

Preparemos, entonces, su venida tanto en el mundo externo por medio de la predicación, como en el mundo interno por medio de la virtud. Limpiemos nuestros corazones de toda impureza y engalanemos sus estancias con la pompa que le es agradable y que el Amor, la Devoción y la Voluntad, como pebeteros ardiendo delante del alcázar, perfumen el mundo que nos rodea y anuncien su llegada. Entre las palmas sea la abnegación, el amor al prójimo, la reverencia por lo grande, la paciencia ante el dolor, la dulzura ante la ignorancia, la entereza ante el esfuerzo estéril, las ofrendas más numerosas y más bellas—y una vez aprestados comencemos la divina tarea—pues su sendero hay que abrirlo también en el mundo—con nuestro ejemplo y con nuestra palabra—con nuestra vida y con nuestra acción.

Con nuestro ejemplo haciendo sentir al mundo la Grandeza del Maestro, de la manera que nuestras capacidades lo permitan. Reflejando en nuestra compasión su compasión inextingible, su Paciencia en nuestra paciencia, su Sabiduría en nuestra sabiduría, su Amor en nuestro amor al prójimo. Que la Humanidad sufriente crea en la Justicia porque vea en nosotros la prueba de la Justicia, que la Humanidad escéptica crea en El porque vea en nosotros el ardor de la creencia, que la humanidad crea en nuestra Verdad porque vea en nosotros la calma que trae la Sabiduría.

Hagamos noble cuanto es bajo, dichoso cuanto es sufrimiento, fuerte cuanto es débil; llamemos a las puertas de la Divinidad en el hombre y hagamos sentir su poder y su grandeza, fortificando el germen que nos

despierta a una vida más intensa—y excitando el germen que yace dormido en el corazón de cada individuo.—Démonos al mundo como El se ha dado. Sin abandonar padres, ni patria, ni oficio; cada uno en su propia esfera de acción, pero cada uno deseoso de cooperar en la Gran Obra. Sea, pues ese vivo deseo y el amor al prójimo la insignia de nuestra bandera.

Por medio de la palabra debemos también anunciarle. Sea la oratoria, o la epístola, o el artículo nuestro medio de expresión. Aquí, como siempre, la tolerancia más estricta debe existir pues cada uno de nosotros siente este Ideal Sagrado de acuerdo con su temperamento y de acuerdo con su temperamento lo expresa. En unos es la devoción, en otros la acción y en otros el argumento y la lógica.

Así preparemos su venida por medio de la palabra, del ejemplo y de la práctica de la virtud.

Gane cada uno la Paz precursora del Maestro. Vosotros en vuestras casas con la flecha del pensamiento, el escudo de la libertad y el dardo de la inspiración que El nos envía; vosotros con el amor, la simpatía y la tolerancia, con el auxilio constante al desgraciado. Yo también lucho por esa Paz en la sangrienta cruzada que agita el mundo y veo bajo el humo espeso del cañón la nube que oscurece el claror de la Aurora, la Majestad suprema del Futuro donde El brilla como el sol del mediodía.

La hora vendrá cuando su misión debe cumplirse y El dará nuevo vigor y nuevo rumbo a la civilización humana; entonces veremos el fruto de nuestro esfuerzo en la gloria de conocer su mensaje y ayudar su esparcimiento.

A vosotros que lleváis como yo un Ideal Sagrado, a

vosotros saludo desde el fragor de la batalla. América, la patria de mis abuelos, también saludo. Luchemos, Quijotes, por la venida del maestro, cada uno en su puesto de combate.

Que la Paz Eterna sea con vosotros.

JOSÉ B. ACUÑA.

*
* *

Estrella de Oriente

Sección de niños

Cuentos de Fresia a
sus Hermanos en la
«Estrella de Oriente»

ESE viernes, el niño, después de la comida, cuando el sol todavía iluminaba el jardín de su casa, púsose a remover la tierra como de costumbre hacía, para que la abuelita, en las mañanas, pudiese cultivar mejor sus plantas. Tenía un semblante de contento y cavaba la tierra con valor, como un vigoroso labrador de campos. Murmurando a media voz una sencilla canción de escuela, avanzaba a lo largo de la era, hasta llegar al rincón más florecido del jardín. Allí se detuvo, miró el sol, todo rojo, como si lo hubiesen envuelto en un manto de amapolas para darle sepultura en el fondo del mar. Luego, hiriendo de nuevo la tierra con el filo de la pala, oyó un ruido extraño, como si hubiese chocado con algo vibrante y profundo. Cavó más, inquieto, deseoso de averiguar qué había encontrado, y siguiendo con la pala el contorno de aquella cosa dura, descubrió una losa de roca que tenía la voz de metal. Creyendo que podría alzarla con su solo esfuerzo, largo rato trabajó en ello, hasta lograrlo, sirviéndose de una piedra como cuña y de la pala como palanca. Quedó abierto, intensamente negro, un ojo que miraba con fijeza cada vez más atrayente. Un olor de frescura subía por los muros de aquella oscuridad y una fuerza superior a la voluntad del niño le llamaba a descender. No había una sola respiración de miedo en todo aquel jardín. Echado de bruces, alargó la mano por las paredes de aquella sombra y sus dedos encontraron una grada y

luego la otra y asomándose más aún distinguió una escalera de piedra. Se resolvió a comenzar a bajar una tras otra, y contándolas, llegó a cuarenta y nueve. Allí había un descanso y luego continuaban las gradas hasta contar noventa y seis, en donde halló un segundo descanso y nuevas gradas hasta llegar a las ciento veintisiete. Allí se detuvo, y mirando hacia arriba distinguió las estrellas en el cielo más grandes que como él las había visto nunca. Pero ahora miraba mejor en la oscuridad: se hallaba, no en un descanso como los otros, sino en un verdadero corredor, por donde pudo caminar holgadamente, aunque con lentitud. A medida que avanzaba, un perfume dulcísimo parecía atraerle y cuando creyó acercarse al fin del corredor el rumor como de una agua distante le llamaba. Cruzó aquel valeroso niño el recodo del corredor y distinguió a la distancia una luz de un color extraordinario. Enderezó sus pasos hacia aquella luz y llegó a un salón lleno de encanto en donde un hermoso anciano parecía leer, abstraído en la más profunda meditación. De las paredes miró brotar luz; no había lámpara alguna y nadie hubiera podido decir de dónde procedía tanta claridad. El niño, como para ver mejor, puso un pie en el umbral del salón y en ese instante mismo levantó los ojos el anciano y le detuvo con una sola mirada. El niño no sintió miedo, sino el más vivo deseo de ponerse de rodillas y así lo hizo. Con la más dulce sonrisa vino a él, con firme paso, el noble anciano y alzándole del suelo, díjole:

—Hermoso niño, este recinto luminoso es una lámpara perpetua encendida por los Grandes Ancianos del Dragón. Aquí han vivido muchos siglos y sólo dos o tres niños como tú en cada siglo tienen el valor de descender grada por grada, hasta llegar al fondo en donde brota de los muros del recinto mismo la fulgente Luz que no deslumbra. Abre bien tus ojos y fíjalos en la claridad desbordante de los muros y dime ahora lo que sientes.

El niño respondió:—Me siento hombre grande y se llena de pensamientos mi cabeza; siento y veo lo que no sentí jamás.

El Grande Anciano del Dragón, con una pequeña vara de oro tocó la cabeza del niño y éste cayó dormido sobre los brazos de un joven servidor de traje blanco. Un grito le despertó: Aquí está, aquí está! Era la madre que corriendo desesperada por todas partes en busca de su hijo, ahora le hallaba en un rincón del

jardín. Cuando le ayudó su madre a levantarse el niño buscó la misteriosa piedra y nada vió. En profundo silencio fué llevado a su cuarto y allí contó la maravillosa aventura a su madre, quien sonriendo y acariciándole, decíale: Qué hermoso sueño, hijito mío! Duérmete y descansa!

Y el niño volvió a dormir! Al día siguiente regresó al jardín y en él nada extraño distinguió. Todo lo mismo que siempre! Había soñado!

Y los años pasaban; pero un encanto particular atraía al niño hacia el misterioso rincón del jardín. El niño se hizo joven, y una noche, pensando en su pasado sueño, miró de pronto al mismo Anciano del Dragón en frente de él, con su misma sonrisa de los pasados años. El joven inclinó la cabeza en señal de reverencia y oyó estas palabras de labios del Grande Anciano:

—No soñaste, joven amigo! Aquella tarde, por un acto valeroso de tu voluntad, llegaste a mí y desde entonces tu pensamiento me visita con frecuencia y yo sigo los pasos de tu vida, como una fidelísima y enamorada sombra! Tu sueño fué bellísima realidad, joven amigo! En el jardín de tu existencia también bajo una losa que es preciso levantar con mano firme, descubrirás la maravilla de un santuario de cuyas paredes brota una perpetua llama de divino fuego, que llenará tu entendimiento de nobles pensamientos, tu corazón de grandes aspiraciones, y en el retiro o en medio del bullicio, los ojos de tu espíritu, que ahora están apenas entornados, me verán dentro de ti, derramando sabiduría, como incienso, sobre la luz de tu inteligencia, y bondad, como sándalo, sobre el fuego de tu corazón.

Se llenó de claridad, como de un perfume suavísimo, el aposento del joven y desde entonces, en la tertulia y en la fiesta, como en la soledad y la quietud, el joven se halla en la presencia reconfortante del Grande Anciano!

*
* *

Aclaración

No hace mucho llegó a mi conocimiento la noticia de que en determinado Círculo se discutía sobre si algunos creyentes en la vuelta del Señor podían constituir un grupo de la «Orden de la Estrella de Oriente», sin tener que asociarse y depender de la misma. Aprovecho la circulación de esta Revista para aclarar el punto.

La «Orden de la Estrella de Oriente» es una organización constituida por un Delegado de determinada Jerarquía Oculta, a quien reconocemos por Jefe todos los Miembros de la Orden, bajo el nombre de Krishnamurti o Alcione, siendo protectora de la misma Mrs. Annie Besant. Esta Organización tiene seis Reglas, base de sus procedimientos, las cuales deben ser aceptadas por cada uno de sus afiliados antes de que se autorice su ingreso por los respectivos Representantes Nacionales (o de las Secciones de la Orden) y estos Representantes reciben su nombramiento directamente del mencionado Jefe, el cual les otorga autoridad para que a su vez concedan otros nombramientos a determinadas Oficialidades que se reconocen con los nombres de Secretarios Organizadores y Secretarios Locales.

Nos comunicamos con nuestro Jefe los Oficiales de la Orden por mediación de su Secretario General, Mr. Wodehouse, actualmente en Adyar, India, y con nosotros los demás Miembros de la Estrella.

De lo expuesto se deduce:

1º—Que para formar parte de la Orden, hay que reconocer y admitir su Jefatura.

2º—Que han de ser aceptadas sus Reglas.

3º—Que se ha de actuar de conformidad con sus procedimientos administrativos.

4º—Que por consecuencia no puede formar parte de la Orden, aquel que no posea un Diploma de admisión autorizado por Krishnamurti, con el número de orden que le corresponda y refrendado por el Representante Nacional de la sección que provenga.

TOMÁS POVEDANO,
Representante Nacional.

*
* *

PERMANENTE

LA SOCIEDAD TEOSOFICA

Esta Sociedad, que fué fundada en New York el 17 de noviembre de 1875, tiene por objeto:

1º—Formar el núcleo de una Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta o color.

2º—Fomentar el estudio de las literaturas, religiones y ciencias Arias y otras Orientales.

3º—Un tercer objeto—perseguido únicamente por cierto número de miembros de la Sociedad—es investigar las leyes no explicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre.

A nadie se le pregunta al entrar a formar parte de la Sociedad cuáles son sus opiniones religiosas, ni se permite la ingerencia en éstas; pero se le exige a cada cual, antes de su admisión, la promesa de practicar para con los demás miembros la misma tolerancia que para sí quiere.

Equivocadamente se ha sostenido por ahí que han existido varias clases de Teosofía, lo que no puede ser. Habrá habido Sociedades cuyas tendencias se conexionen con la TEOSOFÍA; pero según anteriormente lo hemos afirmado, la TEOSOFÍA no ha podido nunca ser más que una, porque una es la Verdad. Elena P. Blavatsky decía a este propósito: «Si hablas de la TEOSOFÍA, contesto que así como ha existido eternamente a través de los infinitos ciclos del pasado, así también vivirá en el infinito porvenir; porque la TEOSOFÍA es sinónima de la VERDAD ETERNA».

